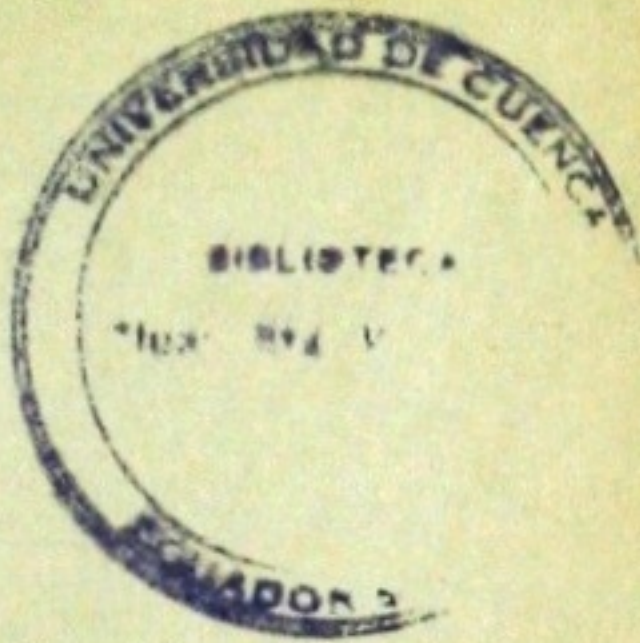


m h. 60149

7661d



ROSA DE MARÍA

1954

SEDES SAPIENTIAE

VEREDICTO

Los Miembros del Jurado Calificador de los trabajos presentados al Concurso Literario promovido en honor de Nuestra Señora de la Universidad de Cuenca, reunidos en el Rectorado de este Instituto el día veinticinco de mayo, procedieron a examinar las composiciones enviadas y, luego de hacerlo, acordaron conferir los premios de la siguiente manera:

El Lirio de Plata, al poema intitulado **El Canto que para Ti yo quiero**, suscrito por **Rosas y Espinas**, pseudónimo correspondiente al Rdo. Hno. Eliseo Luis de las EE. CC.

Y la **Palma de Plata** a la prosa intitulada **Un Milagro de Nuestra Señora**, suscrita por **Florencio**, pseudónimo correspondiente al universitario Don Jorge Seminario P.

Para constancia de este homenaje a la Excelsa Señora Universitaria, firmaron en los dichos lugar y día, los señores:

Don MANUEL MARIA ORTIZ,

Vicerrector, Encargado del Rectorado.

Don LUIS CORDERO CRESPO.

Don GABRIEL CEVALLOS GARCIA.

HNO. ELISEO LUIS
PRIMER PREMIO VERSO

EL CANTO QUE PARA TI YO QUIERO...

Yo quiero un canto lleno de aromas,
fresco rocío de inspiración
que desbordado de albas redomas,
como del cielo blancas palomas
se deshiciera del corazón...

Yo quiero un canto lleno de arrullos
como la copa del abedul
cuando la brisa con sus murmullos
besa las almas de los capullos,
novios del agua dulce y azul.

Yo quiero un canto de nuevas notas
y de armonías de santo amor
donde las alas de aves remotas
y ritornelos de las gaviotas
tiemblen al fondo de este clamor.

Y esos acordes y esas cadencias,
como un perpetuo mayo dejar
junto a tus plantas, pomos de esencias
quizá colmara las exigencias
de este delirio, Madre... el de amar..

Porque en el fondo del alma mía
llevo el empeño, la aspiración
de las finuras de poesía
que inmortalice, Virgen María,
junto a tu nombre mi corazón...

Conoces, Madre, mi débil lira
como los sueños de mi querer
y si impotente triste suspira,
sus voces oye, sus ansias mira
y acepta en cantos mi pobre ser.

Que si lo aceptas como a los niños
de la dehesa, flores de abril,
toma el reinado de mis cariños
las mañanitas, blancas de armiños,
or de milagros en tu redil...

Rosas y Espinas.

JORGE E. SEMINARIO P.
PRIMER PREMIO PROSA

UN MILAGRO DE NUESTRA SEÑORA

Al convertirse a la Fe Cristiana la romántica etapa del Medioevo, el culto de la mujer terrena, el sortilegio de la **dama**, que provenían del espíritu germánico, quedaron convertidos en singular devoción a María, la Dama Celestial.

Y así, cuando el sentimiento religioso llegó a fructificar en la Literatura, en las grandes obras de variado género en que abunda la Edad Media, no pudieron faltar los excelsos poemas en honor de la Virgen María. El principal entre ellos es el Libro de los Milagros de Nuestra Señora.

Modestamente creemos que relatando una leyenda del medioevo francés, relativa a la Madre de Dios, edificaremos mejor en la devoción a la Reina Divina de la Universidad, al público de esta Comarca tan amoroso para con ella, antes que con nuestras pobres elucubraciones líricas que nunca llegarán a tener el vuelo que el género religioso verdaderamente ha menester, que es la elevación mística y ascética. Porque la Literatura para Dios es un género tan alto, que ciertamente no han sido dignas de cultivarla sino las alas de águila de Teresa de Avila o de Juan de la Cruz.

Tan bellas, tan conmovedoras, tan unciosas han sido las le-

yendas de la Virgen, que desde la distancia medioeval han llegado a lo íntimo de los hogares católicos de nuestros mismos días.

En horas de infancia, en que el corazón es como la blanda cera en que se graban los recuerdos, oímos sí, escuchamos embelesados de labios de un sacerdote poeta y sabio, el doloroso y tierno episodio de Margarita la Tornera. Helo aquí:

Erase un rey que tenía un hijo, gallardo y gentil doncel a quien los aduladores de la corte apellidaban "el Capullo de Lys". Con él su padre fue a visitar una Abadía de Monjas, cuyo conserje o tornera era Margarita, radiante de juventud y belleza. Si el joven era el Capullo, Margarita era toda la azucena.

Mientras el Rey visitaba el Monasterio, el joven príncipe logró captar en las áureas redes de su amor a Margarita, una émula de la fáustica Margarita de Goethe.

—Vente, le dijo, y serás una reina, pero sobre todo, ¡oh Margarita de las margaritas, serás feliz!...

¡Era tanta la tentación para el corazón de la tornera!... El diablo, personaje tan actuante en la Edad Media, veloz, descorrió ante los ojos de la doncella todos los reinos de la tierra, tal como antaño se los había mostrado a Jesús...

Y Margarita, la Tornera, siguió al Príncipe...

Pero antes de partir, dijo a María:

—Señora: en vuestras manos quedan las llaves; guárdalas, Madre mía.

Los falaces amores tuvieron pronto fin. La pobre plebeya Margarita fue despedida con bochorno.

Y el tiempo pasó entre las calcinantes aberraciones del vicio, la miseria, el remordimiento, el terror y el fracaso.

Un día la pecadora llegó a pasar por las puertas del Monasterio, que había albergado su juventud y su inocencia.

La campana del Angelus gemía su plegaria devota y dolorida, entre las suaves tintas del atardecer. Las gentes se detenían a alabar a María, Madre de justos y pecadores, y llave del perdón y el Paraíso.

Margarita sintió que un dardo de compunción atravesaba su pecho. Y una súbita idea lució en su mente. Decidió penetrar en el templo del monasterio; y así lo hizo, orando allí largamente entre suspiros y sollozos.

—¡Quién no hubiese partido en alas de murciélago del Diablo, disfrazadas en insinuaciones de amor. El Príncipe Azul... había sido el Príncipe de las Tinieblas!...

El hambre física torturaba, además, a la pobre mujer. Y se dirigió a la portería, pues ella recordaba las limosnas que allí se distribuían.

Entró. Allá estaba el torno, que ella tan alegremente había manejado en otros días...

—¡Una limosnita, por Dios!...

—Una, y dos, y las que tú quieras, pobre hermana mía...

Pero, ¡oh... la voz que oí! ¡Era su propia voz!...

—¡Pero es mi voz!...

—Tu voz, la de otros días, le respondió una joven religiosa, que súbitamente se puso en su presencia...

—¡Santo Dios!... ¡Soy yo!...

—Sí, Margarita, eres tú. Tú pusiste las llaves en mis manos, y yo las he guardado. Nadie sabe de tu falta, y tu secreto lo sabrá sólo en confesor, a quien te presentarás para hacer una santa confesión general. Y luego ven, y ocupa tu puesto como en los días de inocencia. Mi poder todo lo puede. Yo soy la Madre de Dios...

Margarita volvió, y Margarita la Tornera fue una dulce Santa, que ocupaba sus días en llorar sus pecados y en consumir ante las plantas de María la llama de su estremecida gratitud.

Florencio.

LUIS GUILLERMO SANCHEZ

SANTA MARIA

En esta hora azul te envío mi canción florecida en el campo,
entre la tristeza de mis pupilas y la nostalgia del rocío.

Te envío mi canto hecho de angustia, de preludios tristes, de
fugadas auroras y silencios perfectos.

Canto que es de grito congelado, de voz que no llega, de pa-
labra encendida de amarguras...

Pero, ¿a qué decirte lo que está en el alma, en esta lámpara
empolvada de la vida?...

Perdona. Vine a tus plantas para depositar las flores palpitan-
tes de mi filial ternura construídas de aromas y buriladas de gra-
cia; pero mi angustia dolida ha tatuado mi herida silente en el
milagro de tu mirada.

Háblame con tu palabra honda y definitiva, desborda sobre mi
el rocío de sonrisas de tu alma y acaricia mi sien con el ala blan-
ca de tus manos.

Madre: librame de la cárcel de este mundo, de esta existencia
que es cristal despedazado, para vestirme con la luz de las es-
trellas y florecer en la eternidad de tu gracia.

Bossuet.

BENIGNO MALO VEGA

ANTE LA VIRGEN DE LA UNIVERSIDAD

Estuve ausente, pero he llegado. Y vine, Señora, al oír de Mayo sus primeras rimas.

He regresado, porque, a pesar de la distancia, no he dejado de acordarme de tus miradas dulces y de tu amorosa sonrisa.

Vagaba lejos y solo, perdido por mi error en oscuros laberintos y sin escuchar más que el eco de mi voz, retumbando angustiado entre las quiebras. Un año había transcurrido de esa vida hasta que por ventura llegó a esos apartados y tenebrosos recintos una errante y fresca brisa trayendo entre sus vaporosos tules el delicado perfume de esas flores con las que Mayo tacha las praderas. No esperé más, y presuroso emprendí la travesía, pues, solamente había aguardado la presencia de ese susurrante pregonero.

Fue agobiador el viaje, atroz, fue también, mi lucha, ya que tuve que surcar tormentosos mares y bordear los más profundos abismos. Tras indecibles momentos, guiado por la luz de una rutilante estrella, arribé al fin a las ansiadas playas, y pude extasiado, desde la borda del navío, contemplar ese policromo paisaje que era acuarela de luz y plenitud de primavera en un reluciente día. Por todo esto sólo aquí, ante tu inconfundible

hermosura, puedo establecer los contrastes entre el pretérito y el presente; entre mi partida y mi meta; entre mi duro recorrido y esta placentera romería

Te traigo, como presentes, mi corazón y mis propósitos firmes, y, como presea simbólica, un fragante manojó de azucenas puras; no son, por cierto, mías estas blancas flores, Tú lo sabes. Las he sustraído, porque en mi abandonado jardín, expuesto a los rigores del mundo y de la pagana vida, sólo brotaron los abrojos y creció la maraña con plantas malignas.

Y vengo, Señora Universitaria, a orar por la Patria y por su juventud que es su fundamento, su nervio y la esperanza de sus futuros días.

Bayardo.

El postrer Sábado de Mayo del
Año del Señor de mil nove-
cientos cincuenta y cuatro,
se solemnizó gaya y pom-
posamente, por quincua-
gésima y primera ocasión
en Santa Ana de los
Ríos de Cuenca,
la Fiesta de la
Madona de
la Univer-
sidad,
quien
a trueque
de la Divina
dulzura de sus
ojos, se alza sobre un
trono de corazones y de flores
que a sus plantas ríman el poe-
ma de la ventura y de la gracia.